



Investigación & Desarrollo

ISSN: 0121-3261

rinvydes@uninorte.edu.co

Universidad del Norte

Colombia

Guerra Vilaboy, Sergio
Los desafíos de la historia en el nuevo siglo
Investigación & Desarrollo, vol. 09, núm. 1, julio, 2001, pp. 430-443
Universidad del Norte
Barranquilla, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26890104>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LOS DESAFÍOS DE LA HISTORIA EN EL NUEVO SIGLO

Sergio Guerra Vilaboy

SERGIO GUERRA VILABOY

PH.D. EN HISTORIA. DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO
DE HISTORIA, UNIVERSIDAD DE LA HABANA, CUBA.
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIADORES
LATINOAMERICANOS, ADHIELAC, SECCIONAL CUBA.
(E-MAIL: serguev@ffh.uh.cu)

RESUMEN

Este trabajo se propone contribuir al debate sobre el sentido de la historia como ciencia, su valor social y sobre la labor del historiador en la sociedad del nuevo siglo. Asimismo pretende evaluar los motivos por los cuales se considera que la historia se encuentra en un retraso relativo y cierta dependencia de otras ciencias sociales, situación que nos conduce a saber cada vez más de menos cosas. Finalmente, se abordan las perspectivas de la historiografía latinoamericana.

PALABRAS CLAVES: Historiografía latinoamericana.

ABSTRACT

This paper intends to contribute to the debate about the meaning of History as a science, its social value and the role of historians in the new century society. As well, it pretends to assess the reasons History is considered to be relatively behind and, in some way, to be other social sciences-dependent. This situation leads us to increasingly know about less things. Finally, it explains the perspectives of Latin American historiography.

KEY WORDS: *Latin American historiography.*

FECHA DE RECEPCIÓN: ENERO DE 2001

Cada cierto tiempo conviene hacer una pausa en nuestro trabajo para pasar revista a lo que hemos hecho y valorar dónde estamos, los errores cometidos y los éxitos alcanzados, con el propósito de rectificar y trazarnos nuevas metas. Con más razón ahora, que termina un siglo y un milenio, para que los historiadores, y todos los que de una u otra manera tienen que ver con la historia, realicen un balance del estado actual de nuestra disciplina, de sus perspectivas, incluso del destino de la historia como actividad.

La historia llega a la nueva centuria con un saldo lamentable. El siglo termina no sólo dejando a la propia disciplina arrinconada por toda clase de cuestionamientos; sino que nuestro planeta —aquejado por desastres naturales provocados por la irracional explotación de sus limitados recursos naturales— atraviesa difíciles problemas y se enfrenta a grandes encrucijadas: proliferación de salvajes conflictos étnicos y regionales, formación de macro bloques integracionistas, agudización de los desequilibrios socioeconómicos entre el norte y el sur —que aumentan la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados, con sus catastróficas secuelas para el llamado Tercer Mundo— e intentos por imponer un nuevo orden económico, comercial y político supranacional, de signo unipolar, asociados a las tendencias contemporáneas de la globalización neoliberal.

Desde la desaparición del socialismo en Europa Oriental y la desintegración de la Unión Soviética (URSS), la historia como ciencia ha venido siendo cuestionada como nunca antes^o + el pensamiento occidental. El debate sobre el fin de la historia, puesto sobre el tapete por Francis Fukuyama casi coincidentemente con la caída del Muro de Berlín, hace poco más de diez años, se conjugó con las críticas postmodernas —que creyeron confirmados sus planteos de que el conocimiento depende de su imprevisibilidad— para poner en solfa la teoría progresiva de la historia, concepto teleológico fundamentado en la convicción de que la sociedad humana avanza inexorablemente hacia un nivel superior de desarrollo. La infinita relativización del proceso de conocimiento llegó acompañada de la deconstrucción de todo el discurso historiográfico establecido, el emplazamiento a los criterios de verdad y a la idea de temporalidad cronológica y sucesiva, abandonando radicalmente los fundamentos cognoscitivos de la cultura moderna occidental.

De esta manera se puso en crisis la concepción comúnmente aceptada de que la labor del historiador consistía en demostrar que, en efecto, la sociedad constituía una totalidad estructurada que había evolucionado en el tiempo guiada por algunos principios rectores de validez universal que la dotaban de sentido. Como se sabe, esto se basaba en una visión unitaria del proceso histórico —de acentuada connotación eurocentrista y evolucionista—, que pretendía descubrir las grandes leyes de desarrollo de la sociedad para revelar sus contradicciones y develar la compleja madeja de la estructura social y sus procesos de cambio. El cuestionamiento de la historia como un saber determinista completo y acabado, ha llevado también a poner en duda el criterio compartido por la mayoría de los historiadores de estudiar el pasado a partir de las demandas del presente y el cual sostenía la utilidad social de esta disciplina en la búsqueda de soluciones a los graves problemas de la humanidad.

Las despiadadas críticas postmodernas a la inveterada idea de progreso lineal de la humanidad, sustento filosófico común de la mayoría de los paradigmas historiográficos desde su inicial elaboración por los ilustrados escoceses en el siglo XVIII, ha conducido a un decreciente papel de la historia en la cultura occidental. A impulsar este fenómeno también ha contribuido la extendida moda de concebir la historia despojada de explicaciones, sin la visión de los grandes procesos, esterilizada del vocabulario histórico ya consagrado y dedicada a la narración de triviales hechos cotidianos, centrando su atención en el individuo, las realidades subconscientes, los símbolos y ritos. Además, ello ha dado lugar a la actual fragmentación de la disciplina y al irreflexivo y desordenado crecimiento cuantitativo de la producción historiográfica. La proliferación de géneros, temas, métodos y teorías, resultado de la reindividualización de la historia y de la insatisfacción con los grandes modelos explicativos vigentes en los últimos tiempos, es otra de las características de la historiografía finisecular en el mundo desarrollado de Occidente que ha dejado a los grandes paradigmas historiográficos contemporáneos como pálido reflejo de lo que fueron durante buena parte del siglo XX.

Nos referimos al quehacer historiográfico predominante desde los años treinta y cuarenta, que entendía la historia como ciencia y que permitió generar una historia económica y social, estructural y

objetivista, que aspiraba a construir una historia total. Los dos grandes modelos historiográficos que marcaron desde entonces la época contemporánea —el marxismo y los **Annales**—, sostenidos por la relativa cercanía de sus postulados fundamentales —determinismo económico-social, tendencia al macro análisis, desdén por el papel de los individuos y por la omnipresencia del hecho histórico, etc.— y la vigencia de determinados componentes extraídos de las principales aportaciones historiográficas del XIX —rigurosidad del instrumental metodológico, uso de documentación, crítica de fuentes, etc.—, quedaron consagrados al retroceder la influencia de la historia tradicional, de matriz romántico positivista —hechológica, política, biográfica o narrativa.

El menosprecio por la reflexión y la teoría —un indiscutible lastre de la historiografía decimonónica—, la ausencia de debate sobre metodología, conceptos, hipótesis y sus interpretaciones, han sido factores que favorecieron, y de alguna manera propiciaron, la actual fragmentación en temas, métodos y especialidades, situando a la historia en un relativo retraso y cierta dependencia de otras ciencias sociales, desvinculándola de los más acuciantes problemas de la sociedad a los que debía contribuir a solucionar con sus ideas y propuestas. De ahí que la historia que se promueve en la actualidad en los grandes centros culturales de Occidente ha sido mutilada de uno de sus atributos esenciales: el estudio del hombre en sociedad y la investigación totalizadora de las civilizaciones y de la propia historia, que abarque todas las variables posibles del abanico de fuerzas históricas.

La atomización de la disciplina y el abandono casi por completo de la vieja aspiración de alcanzar la historia global, aunque fuera sólo como lejano horizonte, ha dado por resultado una visión caótica del pasado, basada en una reproducción infinita de imágenes, acumulación de datos deshilvanados o anécdotas frívolas, unido a una anarquía metodológica y a una superespecialización —«cada vez sabemos más de menos cosas» (Carlos Barros)— que ha ido distanciando a la historia de las demás ciencias sociales y restringiendo su valor social.

Hay que recordar que este panorama tan poco halagüeño es una consecuencia directa de los cuestionamientos iniciados en Europa en los años setenta a la historia determinista, objetivista y estructuralista que predominaba desde la Segunda Guerra Mundial. La respuesta fue la recuperación del sujeto como tema de investigación: social desde

1952 en adelante —**Past and Present**—, luego mental —la llamada tercera etapa de **Annales**, iniciada en 1968— y, finalmente, con un retorno al tradicional —historia de las instituciones, historia militar, historia diplomática, biografía, etc.—, que hace énfasis en la descripción y que versa sobre lo particular y específico. Ese proceso estuvo asociado a la sucesión de corrientes historiográficas que en cierta forma predominaron a lo largo del siglo xx: a la historia política de impronta positivista siguió la historia económica y social influida por el marxismo y lo que se ha denominado la primera generación (1929-1945) de **Annales**, y éstas, a su vez, fueron desplazadas por una historia vista desde lo individual y cotidiano —mentalidades, nueva historia cultural, antropología histórica—, para cerrar la centuria con un regreso al punto de partida, la historia política, aunque ahora con algunos ingredientes que antes no tenía.

Sin duda, la manifiesta incapacidad de la historia para comprender, e incluso advertir, sucesos tan trascendentes como la crisis del socialismo en Europa Oriental, ha servido para dar credibilidad a las tesis postmodernas de que la sociedad no marcha indefectiblemente hacia el progreso y que el sujeto de la historia es más libre, y el futuro más impreciso y abierto a disímiles alternativas, de lo que suponía la historiografía precedente. En realidad, del análisis de esas experiencias históricas sólo se deriva que el porvenir es plural y, en gran parte, imprevisible, que nada es inexorable y definitivo; pero ello no significa que renunciemos a la lucha por un destino mejor para todo el planeta. Por eso, una de las primeras tareas de los historiadores de la próxima centuria tiene que ver con la vertebración de una concepción enriquecida de progreso, suficientemente matizada y flexible, no ineluctable, que incluya revoluciones, reformas y retrocesos —políticos, sociales, culturales y científicas—, que ponga al sujeto en el centro de los acontecimientos y conserve el aliento movilizador de lo que Marx llamaba la «ilusión heroica» —que pueda o no alcanzarse es ya otra cosa. Por tanto, los paradigmas historiográficos que deberán corresponder al siglo XXI sólo podrán ser útiles a la humanidad si preservamos la idea de racionalidad central del proceso histórico, relativa y transdisciplinaria, que evite convertir a la historia en algo ininteligible, despojando al pasado de sentido y deshistorizando al presente. De ello dependerá también que la disciplina pueda recobrar el lugar que le corresponde en la socie-

dad contemporánea, rescatando su compromiso de contribuir a lograr un destino mejor para todo el planeta. Por ello se impone defender para la próxima centuria una historia sistematizada y rigurosamente configurada, que aspire a una comprensión global de la sociedad y del proceso histórico. No se puede olvidar que, en última instancia, la labor del historiador no debe ser diferente a la de cualquier otro científico que aspire a encontrar un orden lógico en la estructura caótica de la realidad; lo que en nuestra disciplina se traduce en la construcción totalizadora del devenir histórico, para intentar comprender la sociedad y contribuir a transformarla.

Pero hoy ya no es posible descalificar o menospreciar de antemano un tema o un género historiográfico específico, como sucedió en el pasado con la ecohistoria o la historia del entorno, sin antes analizar los problemas planteados, los métodos aplicados y los resultados obtenidos. La actual amplitud temática no tiene precedentes y constituye sin duda un logro irreversible de la historiografía más reciente, aunque se haya obtenido a costa de la atomización de la historia en muchos objetos desvinculados entre sí, que impiden a la historiografía finisecular ofrecer una visión de conjunto del pasado de la humanidad. Así, otro de los grandes retos del siglo XXI es el de lograr un nuevo tipo de síntesis que integre de manera coherente los datos dispersos e inconexos de la historia política, social y cultural y permita una mayor interacción entre distintos tipos de historia y entre las diversas historiografías nacionales. Para recuperar las capacidades de la disciplina de hacer una relectura totalizadora del pasado, que sirva para entender y transformar el presente, no puede haber prejuicios en la utilización de los nuevos métodos, incluido el innovador instrumental postmoderno. La aspiración de lograr la indispensable conexión entre la micro y la macro historia, junto al impulso que deberá reimprimirse a las investigaciones históricas realmente totalizadoras, de una sociedad dada en espacio y tiempo determinados —que partan de la necesaria vinculación entre lo ideal, lo mental, lo psicológico y lo caracteriológico (tanto de actores individuales como sociales), incluyendo el lugar del símbolo, el mito, el voluntarismo, etc.—, constituyen otros tantos desafíos para los historiadores de la nueva centuria. Esta indispensable interacción puede ayudar a despejar el camino para la esperada generalización metodológica y teórica de la historia, supe-

rando la presente parcelación de objetos y métodos y las tendencias centrífugas que hoy imperan.

Otro de los problemas a que debe encontrarse salida es el de que la creciente atomización de la historia ha disminuido sustancialmente su papel en la educación ciudadana y en la formación de valores en la sociedad, casi al mismo ritmo con que la disciplina se ha ido convirtiendo en una mercancía más, en un mundo dominado por las reglas de comercialización y consumo propias del orden neoliberal. Así, por ejemplo, el retorno de la narración, del acontecimiento político o del individuo como sujeto histórico, es un resultado directo de la aridez y monotonía del discurso de muchos historiadores, combinado con la demanda de un público lector ávido de obras de pseudohistoria e historia tradicional, con héroes, intrigas, acción, en dos palabras, de literatura. Este último problema, que amenaza con reconvertir la historia en un género literario, poniéndola bajo los dictados del mercado, y cuyas consecuencias no han sido todavía advertidas en toda su magnitud y complejidad, constituye otro reto para la disciplina en la próxima centuria que se nos viene encima. Para rescatar su presencia en los diferentes niveles de enseñanza, en los medios masivos de difusión, en la propia actividad investigativa y, en general, en todas las esferas de la vida social, se requiere de una nueva racionalidad que nos permita seguir avanzando, que demuestre la utilidad crítica, social y formativa de la historia.

Además, los historiadores no pueden seguir dedicándose, como ha sucedido hasta el presente, a la simple recopilación de datos e informaciones que nutran a las demás ciencias sociales, relegando las reflexiones teóricas que debilitan a la historia frente a otras disciplinas más preocupadas por la teoría como la sociología, la antropología o la crítica literaria. Por ello, otro de los grandes desafíos de la historia en el siglo XXI es sin duda el desarrollo de las conclusiones teóricas y metodológicas derivadas de sus investigaciones —que tomen en consideración los cambios ocurridos en todo el saber científico—, para contribuir a que las ciencias sociales en su conjunto jueguen un papel más activo en la búsqueda de soluciones a los acuciantes problemas del mundo actual. En este sentido no sólo es indispensable el desarrollo de la metodología, la historiografía y la teoría de la historia, sino también su reencuentro con las múltiples ramas en que se ha fragmentado la

historia, así como con las demás disciplinas de las ciencias sociales y humanísticas. De ahí la validez de los llamados, como el reciente de la comisión Gulbenkian, a superar las actuales estructuras atrasadas de las ciencias, a abrir las ciencias sociales, a desdibujar las barreras y destacar la interrelación que existe entre ellas, a adoptar una concepción más flexible, a reconocer que los estudios sobre la sociedad requieren de la interdisciplinariedad de las ciencias o incluso de la urgencia de una ciencia social única. Sin duda, una mayor reflexión sobre el quehacer historiográfico, que haga suyo en forma crítica el debate suscitado por el pensamiento postmoderno y por las tesis del fin de la historia, contribuirá a profundizar la investigación histórica, a una mejor comprensión global del pasado y a una superior interrelación con las demás ciencias sociales, redundando en una mayor contribución de la disciplina al mejoramiento humano.

En América Latina, como parte del llamado Tercer Mundo, las corrientes que hablan del fin de la historia y que consideran al modelo capitalista neoliberal como el destino previsible para todo el planeta –renegando de la vieja idea del progreso universal– han llegado desde afuera a través de ecos lejanos, y poco tienen que ver con la problemática del atraso, la miseria y la ingobernabilidad de nuestras sociedades subdesarrolladas, donde las grandes mayorías marginadas no renuncian a la legítima aspiración de alcanzar un futuro mejor. Aquí son más evidentes las múltiples diversidades del mundo contemporáneo y la desesperada búsqueda de alternativas al capitalismo neoliberal –la irredenta insurrección de Chiapas, el creciente movimiento de los «sin tierra» en Brasil o el rescate del legado bolivariano en Venezuela son muestras elocuentes de ello–, lo que explica la limitada incidencia que el debate sobre la historia desencadenado en el pensamiento occidental ha tenido en la historiografía latinoamericana. En este continente no es posible hablar de una crisis de la historia de la misma magnitud, proporciones y significado de la que se plantea en la historiografía de los países desarrollados, pues en realidad estos cuestionamientos inciden sólo de manera muy tangencial en la dramática situación de América Latina.

Al valorar las singularidades de la historiografía latinoamericana actual también hay que tomar en consideración la muy diferente base empírica existente entre las historias que se hacen en Europa Oc-

cidental y Estados Unidos con relación a las de América Latina, lo que en cierto modo permite a las primeras cambiar frecuentemente sus enfoques y perspectivas. Los historiadores de este continente, en virtud de la dinámica de la dependencia cultural, son inducidos a escribir la historia a partir de los problemas, criterios metodológicos y teóricos, técnicas, conceptos y temas procedentes de realidades históricas muy distintas a las de América Latina, lo que en muchas ocasiones tiende a desviar la atención hacia cuestiones que en el contexto latinoamericano tienen menor significación y no contribuyen al avance de la investigación. En otras palabras: se pretende aplicar, en forma mecánica, a una realidad cualitativamente diferente, modelos, técnicas y géneros historiográficos concebidos para otras latitudes.

En este continente, la historia económico-social y la historia regional, por sólo citar dos ejemplos, no han agotado sus posibles campos de investigación y aún no se ha completado el proceso de construcción de una nueva disciplina, pues permanecen muy activas formas arcaicas de escribir y pensar la historia. Entre otros factores, esto obedece a la supervivencia de la llamada historia política, con un apego exagerado al documento escrito, que no toma en consideración los importantes avances de la sociología, la antropología, la etnohistoria y otras ramas de las ciencias sociales. Sin duda, esta prolongada existencia de la historia política en América Latina se relaciona con el extraordinario peso que tuvo en el fortalecimiento de la identidad nacional y los valores patrios en un continente castigado casi permanentemente por los embates de la penetración y las intervenciones foráneas.

En esas condiciones no es extraño que se siga incrementando y desarrollando la producción de los historiadores latinoamericanos en muchas áreas que hoy son cuestionadas por sus colegas europeos y norteamericanos, mientras los grandes paradigmas historiográficos del siglo XX, adaptados a las peculiaridades de América Latina, adquieran una vitalidad y vigencia que no guardan correspondencia con los que tienen en el pensamiento occidental finisecular. En los países latinoamericanos, donde la historia es aún joven, se aprecia hoy un auge de la producción historiográfica, en particular de temática contemporánea, junto a un florecimiento de la historia local y regional, de la historia económica, de una nueva historia social, política, cultural y de las relaciones internacionales, a la vez que crece el interés por la crítica

historiográfica y la filosofía de la historia, publicándose obras relevantes, de calidad variable, sobre temas, períodos, regiones y naciones específicas que no habían sido tratados con anterioridad.

Para explicar este fenómeno en todas sus dimensiones hay que tomar en consideración no sólo los factores anotados, sino también el viejo problema del relativo desfase teórico y metodológico de América Latina. Ello ha hecho que en la historiografía latinoamericana las nuevas corrientes a veces cobran fuerza, se renueven, distorsionen, o se conviertan en otras muy diferentes y originales, cuando ya han sido cuestionadas o abandonadas en sus lugares de nacimiento. Ese es el caso de la llamada nueva historia de América Latina, que empezó a imponerse en los medios académicos e intelectuales de este continente sólo a partir de los años setenta, después del profundo impacto irradiado sobre las ciencias sociales latinoamericanas por el triunfo de la Revolución Cubana. En consecuencia, desde esa década se desató una paulatina y profunda renovación de los estudios históricos en América Latina, alejada y opuesta a la historiografía tradicional anterior, que tuvo como principal referente al marxismo y, en menor medida, los presupuestos de **Annales** y de la teoría de la dependencia, esta última vertebrada a finales de los sesenta y considerada la más importante y genuina expresión del pensamiento social latinoamericano.

Una de las principales características de la nueva historia de América Latina es su marcado eclecticismo, dirigida a superar las limitaciones de la historiografía positivista. Con mayor o menor énfasis, los exponentes de esta corriente historiográfica latinoamericana pretenden abordar el análisis histórico con métodos científicos y mediante el auxilio de las demás ciencias sociales, con una actitud crítica y revalorativa, para tratar de interpretar el hecho histórico en su integralidad, desde sus más profundas y multifacéticas raíces —económicas, jurídicas, religiosas, sociales, artísticas, culturales o de la vida cotidiana y sus mentalidades (no consideradas de manera independiente al entramado social—, superando la simple descripción de acontecimientos y atendiendo a las estructuras y las situaciones coyunturales, a la actividad de los grandes grupos humanos, a las mentalidades individuales y colectivas, a los hechos en que puedan concretarse, así como a la historia regional —que en algunos países ha logrado en los años recientes un extraordinario desarrollo. Por otra parte se utiliza un espectro muy amplio de fuentes

primarias: informes diplomáticos y consulares, material estadístico, censos, prensa, correspondencia, documentación empresarial y bancaria, mensajes presidenciales, memorias, relatos de viajeros, testimonios orales, etc. Así se pretende alcanzar un tipo de análisis histórico que evita caer en una simple sumatoria de acontecimientos, la abstracta formulación de generalidades, una mecánica sucesión de estructuras económico-sociales o el simple relato de hechos cotidianos y actitudes y creencias individuales, lo que ha venido permitiendo la construcción de una enriquecida y matizada historia de los diferentes países latinoamericanos. Situados en muchas ocasiones en muy diferentes posiciones ideológicas y políticas, la historiografía latinoamericana contemporánea manifiesta de alguna manera su inconformidad con el enfoque de la historia establecido con anterioridad, aunque no se puede hablar de una orientación teórico-metodológica única, ni tampoco de una temática especialmente tratada, pues se persigue una historia que incluya y refleje la diversidad regional, social y humana, con todas sus fisuras, resquicios y matices, y que comprenda las disímiles tendencias y dinámicas que influyen sobre las diferentes localidades. Además buena parte de la historiografía latinoamericana actual no ha renunciado a la aspiración de conseguir una historia totalizadora, ni a su papel en la transformación de la sociedad y en la creación de valores ciudadanos y patrióticos, como parte de las luchas de las grandes mayorías explotadas y discriminadas de este continente por cambiar el orden existente.

No obstante, en América Latina también han incidido los problemas que aquejan a la historiografía occidental, aunque en forma más laxa y adaptados a las peculiares condiciones de este continente. Aquí ya se va extendiendo la tendencia a la fragmentación y a cierto pluralismo metodológico en los estudios históricos —que en muchas ocasiones abren nuevas perspectivas al quehacer historiográfico—, bajo el influjo de los mismos cuestionamientos realizados a los grandes paradigmas contemporáneos, proceso facilitado por las arraigadas despreocupaciones teóricas de los historiadores latinoamericanos. La fragilidad teórica, tanto en la formación como en la práctica historiográfica de muchos historiadores de América Latina, ha ido imponiendo el desmigajamiento de la disciplina y el enmascaramiento de la teoría por los métodos y las técnicas, lo que a su vez se ha reflejado en las limitaciones de las aportaciones reflexivas, la frecuente ausencia de fundamentos sólidos en la labor investigativa

y la escasez de valiosos estudios de crítica historiográfica.

Por estos motivos, entre las perentorias tareas que tiene por delante la historiografía latinoamericana está la de acercarse más a la historia de otros países e impulsar los trabajos de historia comparada y la colaboración con las restantes ciencias sociales, aunque sin lesionar el verdadero sentido de la labor del historiador, dirigida a hacer la crítica de la sociedad vigente y de su legitimación ideológica, con el fin de preparar a la sociedad para un futuro más igualitario y justo. No es posible alcanzar metas tan ambiciosas sin estar al tanto de los avances y los debates científicos que tienen lugar, por ejemplo, en la antropología, la semiología, la filosofía analítica, la crítica literaria y el conjunto de formulaciones generadas por el postmodernismo, imprescindibles para enriquecer nuestros métodos, el bagaje teórico y, en la medida que sea necesario, el propio vocabulario histórico. Pero esa estrecha colaboración con otras ciencias sociales deberá realizarse sorteando las trampas y emboscadas tendidas por algunas de las actuales modas, como las que pretenden analizar ciertas expresiones culturales con absoluta omisión del medio que las generó o las que bajo el influjo de la crítica literaria asumen que lo importante es el texto y no el contexto, enturbiando la posibilidad de comprender los mecanismos esenciales del desarrollo de la sociedad humana.

Finalmente, uno de los principales retos que en América Latina debe encarar la disciplina en el nuevo siglo se relaciona con la búsqueda eficaz de equilibrios entre las corrientes innovadoras que le llegan procedentes del exterior, que inevitablemente influyen en el quehacer historiográfico latinoamericano, y su asimilación en forma crítica, acorde con las necesidades y problemas específicos que tiene la historia en este continente. En este sentido la historiografía de América Latina ha venido dando pasos para enfrentar con éxito los nuevos retos; van apareciendo trabajos que ofrecen alentadoras perspectivas al abordar desde posturas originales géneros un tanto olvidados y otros completamente nuevos, valiéndose de métodos, técnicas y hasta el estilo narrativo extraído de otras ciencias sociales y humanísticas. Pero el desafío decisivo en el caso latinoamericano es alcanzar la necesaria renovación sin caer en los extremos a que ha llegado la historiografía europea y norteamericana, preservando nuestras aportaciones y la propia identidad de la historia de América Latina. La sabia combinación de un intercambio más igualitario con las historiografías extranjeras —que incluya todas sus manifesta-

ciones, no sólo las generadas por el pensamiento occidental— y la tradición de la producción histórica de este continente, debe permitir el enriquecimiento y desarrollo de una más autóctona historiográfica latinoamericana —sin perder por ello sus vínculos con la historia universal—, inmunizada contra cualquier tipo de inclinación mimética y capacitada para dar respuesta a las acuciantes demandas de la compleja realidad histórica de América Latina.

De cualquier modo, hoy en todas partes se hace imprescindible recuperar el carácter crítico de la historia para superar los desafíos que se abren con el nuevo siglo y los historiadores, sea cual sea su procedencia, se hallan inmersos, desde hace ya algunos años, en un intenso debate historiográfico de cuyo desenlace dependerá en buena medida el destino de nuestra disciplina y de sus posibilidades de contribuir a crear un futuro mejor para toda la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir. *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona, Paidós, 1999.
- ANDERSON, Perry. *Los fines de la historia*. Barcelona, Anagrama, 1996.
- AYALA, Enrique. *Historia, compromiso y política*. Quito, Planeta, 1992.
- BARROS, Carlos (ed.). *Historia a Debate*, Actas del Congreso Internacional de Historia a Debate. Santiago de Compostela, 1995, seis tomos.
- *Historiografía fin de siglo* (s.l.), Tórculo Ediciones, 1996.
- BONILLA, Heraclio. «Diseño curricular de una licenciatura en Historia con énfasis en la historia de la América Latina. Una propuesta para su discusión». En: *Historia y Pensamiento*, N° 2, Barranquilla, Universidad del Atlántico, julio-diciembre de 1997.
- Comisión Gulbenkian. *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI, 1996.
- CHOMSKY, Noam. *Política y cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*. Buenos Aires, Ariel, 1996.
- FONTANA, Joseph. *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 1992.
- JULIÁ, Santos. «Recientes debates sobre historia social». En: *Tuñón de Lara y la historiografía española*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- LOYOLA, Osca.: «Reflexiones sobre la escritura de la historia en la Cuba actual». En: *Temas* N° 6, La Habana, abril-junio de 1996.
- MÖRNER, Magnus. *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos y métodos*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1992.
- TORRES, Constantino. *La ciencia histórica ante el nuevo siglo y la producción historiográfica cubana*. Ponencia presentada en II Congreso de Historia a Debate. Santiago de Compostela, julio de 1999.
- WALLERSTEIN, Immanuel. *Impensar las ciencias sociales*. Madrid, Siglo XXI, 1998.
- ZANETTI, Lecuona, Oscar. «La historiografía social en Cuba». En: *Temas* N° 1, La Habana, marzo de 1995.